

El mundo según Alberto de Belaunde

Después de leer *Todo queda en familia*, ópera prima de Alberto de Belaunde, joven abogado y excongresista, egresado de la Maestría en Escritura Creativa (MEC) de la PUCP, he desistido de mi constante insistencia: «El Perú te necesita como representante en el Congreso, senador, diputado, presidente, más que como escritor».

Es verdad que hubiera querido ver su nombre en una de las listas que se presentan en las elecciones generales del 2026. Lo hubiera querido porque, aun sin conocerlo personalmente, voté por él en las de 2016 y en las de 2020, y no me equivoqué. Destacó como un congresista honesto, dialogante, con iniciativa, que propuso proyectos de ley como el de matrimonio igualitario y el de identidad de género; proyectos que promovían la lucha contra los crímenes de odio, la creación de una Comisión Investigadora del Caso Sodalicio, y podría seguir.

De por qué desistí de mi insistencia trata este prólogo.

Los cuentos reunidos en *Todo queda en familia* revelan un mundo construido desde una mirada y un decir particular e inconfundible. Un mundo propio, único. Como señala Raymond Carver en sus reflexiones sobre el oficio de la escritura, lo que hace valioso a un escritor es su capacidad para construir un mundo intransferible y diferente de otros: «*El mundo según Garp* es, por supuesto, el mundo maravilloso según John Irving. Hay otro mundo según Flannery O'Connor, y otros según William Faulkner y Ernest Hemingway. Hay mundos según Cheever, Updike, Singer»¹. Sí, «Una manera

1 Carver, Raymond. (1995). *La vida de mi padre. Cinco ensayos y una meditación* (p. 38). Colombia: Norma.

única y exacta de mirar las cosas» es lo que diferencia a un escritor de otro.

Y no todos los escritores son capaces de crear mundos propios.

Tampoco es usual construir un mundo propio en un primer libro, y menos usual aun considerando que la escritura de algunos de estos relatos tuvo su origen en determinados ejercicios solicitados por los profesores de los cursos de la MEC, por ejemplo: crea un relato en el que experimentes la técnica del monólogo interior, o la «del iceberg» o con ciertas formas de discurso referido, o con un narrador autodiegético, etcétera. Y añado algo más: la formación y la práctica del Derecho impone, imprime (tal vez esté siendo prejuiciosa, me excuso) una manera de leer, interpretar y comprender el mundo de una manera ya determinada por el oficio y, acaso, menos personal. Y, por lo tanto, sin sello propio. Pero no es el caso de Alberto.

10

Su «mundo» es uno marcado por una profunda insatisfacción y desacuerdo con la «realidad». Pero, y acá radica a mi juicio su «firma», bajo su «mirada» esta insatisfacción no deriva en amargura, queja, denuncia explícita sino, por el contrario, el desarrollo de la trama y el conflicto de los personajes nos instalan en un universo en el que es posible la evasión, la construcción de otras realidades, expectativas, deseos, proyectos que incluso cuando fracasen han sido nombrados; el lenguaje los ha hecho posibles.

Podría pensarse que algo, o mucho, tienen estos relatos de «alienantes» en el sentido (discutible, por cierto) en que se empleó el término para condenar el cine hollywoodense de los años treinta y cuarenta, y hasta después, visto como la «fábrica de sueños» que enajena a los espectadores, que los aleja de la realidad, al igual que el alcohol y las drogas. Y aunque

algo de ese espíritu que rompe con la rigidez de una denuncia solemne tienen los relatos de *Todo queda en familia*, quiero destacar que prácticamente todos —mencionaré a los personajes de «Apolo 13», «Madán Grimelda», «La reina del Atlantis», «*And it felt like home*» y «Fiesta de cumpleaños»— habitan en dos mundos, en dos realidades. No están «alienados» al punto de olvidar su amarga, dolorosa, frustrada realidad; pero gracias a sus fantasías actúan y pelean, cada quien a su manera y dentro de sus posibilidades, para acceder a otra más amable, más justa, más feliz.

Así, la fantasía del niño de «Apolo 13» de navegar en el espacio consuela su orfandad y le permite procesar el dolor; la de las amigas travestis de Jenny, en «La reina del Atlantis», cuyo sueño de ser protagonista de su propio show, les da valor y agencia frente a quienes las invisibilizan o menosprecian; y la de Kike en «*And it felt like home*» encuentra otro hogar en la discoteca, desde donde se siente capaz de desafiar la homofobia de su madre.

Y también están quienes pelean por acceder a otra realidad, más egoísta y/o discutible, como la invención de Madán Grimelda, que si bien es una mentira, disminuye el dolor de los deudos de los desaparecidos. O la del padre de familia alcohólico de «Fiesta de cumpleaños», mucho más compleja, por cuanto desde su voz y focalización conocemos su pensamiento, sabemos de su infelicidad, frustración y de su único deseo: habitar en la «torre de marfil» de la poesía, deseo que afecta para mal a su mujer e hijos y que él, en la bruma del alcohol, de su narcisismo e irresponsabilidad, no puede ver. Destaco cómo, desde la voz y percepción del narrador protagonista, sin cambiar nunca el punto de vista, este relato logra transmitir a los lectores y lectoras una información que ese yo no puede, o no quiere, procesar.

Curiosamente, en los relatos que refieren al abuso sexual («El hermano Rolf»), a la homofobia de los padres («Apafa»), a la represión del deseo y obediencia a los mandatos sociales («Dos chilcanos») o a las desigualdades sociales («Mudanza»), las fantasías, la ilusión, los mundos posibles están ausentes, lo cual resulta muy significativo. Y es así, pienso, porque estos personajes no tienen salida, carecen de esperanza ya sea porque su realidad es demasiado agobiante o porque son incapaces de imaginar otras vidas.

En el «mundo de Alberto», queda claro, los conflictos domésticos de las familias aquí narradas son alegorías de la violencia, de los prejuicios, desigualdades e iniquidades de nuestra sociedad, pero también de la posibilidad esperanzadora de que se pueden construir otras alejadas de los estereotipos, clichés, juicios y mandatos autoritarios.

Invito a lectores y lectoras a leer *Todo queda en familia*: es un notable primer libro al que, estoy segura, seguirán muchos más.

Giovanna Pollarolo
Lima, enero de 2026